

Al mismo tiempo aparecieron á la entrada del jardin el marqués y su hijo Clodomiro, que se detuvieron absortos, el primero al reconocer á la condesa de Paraná, y el segundo al ver que dos magníficos leones salian de su jaula y se dirigian á ellos bramando con una furia aterradora.

—¡Oh! ¡la condesa de Paraná!.... murmuró el marqués retrocediendo.

—¡Vamos á perecer!.... huyamos, padre mio; esas fieras nos harán pedazos, dijo Clodomiro olvidándose del objeto que allí le llevaba y lanzándose hácia la calle con la rapidez del relámpago.

El marqués permanecia inmóvil. La condesa, al verlos aparecer en la puerta del jardin, les habia gritado:

—¡Atrás!.... ¡atrás!.... os van á devorar los leones; cuyo grito, unido al terror que le inspiró verlos, fué lo que hizo escapar á Clodomiro sin acordarse de su padre ni de su hermana.

Ya los leones estaban cerca de D. Alvaro, próximos á lanzarse sobre él, cuando se sintió levantado en alto y conducido por unos brazos de hierro fuera del jardin. Se volvió con asombro á mirar quién le llevaba, y se encontró con la mofletuda cara de Fritz.

El colosal portero salió á la porteria, luego á la calle; y haciendo seña á otro criado para que abriese la portezuela del coche, arrojó mas bien que hizo entrar al marqués dentro de él. Luego, enseñándole sus robustos puños, le dijo:

—Si vuelve V. á cruzar esta puerta sin mi permiso, no serán los leones, sino estos puños los que le abrirán el cráneo en cien pedazos. Dió un portazo y se entró en el palacio, diciendo á sus compañeros que se habian reunido en torno de él:

—¡Se habrá visto insolencia semejante!...

—¿Qué ha sido ello? le preguntaron.

—Nada; que viene una señorita en un coche, se apea toda trémula y asustada, me entrega esta tarjeta, que la permitia la entrada en el palacio, y se marcha al jardin diciéndome:

—¡Que no me siga nadie! Pero sin darme tiempo siquiera á volver de mi estupor, se lanzan tras ella esos dos pisaverdes, que,

á fuer de Fritz, sintió no haber aplastado como á dos inmundos reptiles.

Confundido, avergonzado el marqués, se volvió á su casa sin ocurrírsele intentar un nuevo medio para recobrar su hija. Ésta entre tanto refería á Blanca la escena que acababa de tener lugar entre Idemaro y su familia.

—¿Y has juzgado conveniente venir á ponerte bajo la protección de la condesa Blanca?... ¡Oh! ¡no sabes cuánto agradezco que hayas seguido mi consejo!...

—¡Cómo no seguirlo, si encuentro en cuanto me dices una verdad desgarradora!... Y sobre todo, el colmo de mi alegría es hallarte aquí, cuando creí encontrarme con rostros extraños y acaso con una rígida etiqueta.

—¡Pues te equivocaste, querida! aquí solo hallarás una dulce fraternidad; y para que veas como hasta los leones que tan hostilmente han recibido á tus perseguidores, se postran á tus piés.

Efectivamente, las arrogantes fieras, al ver á su jóven abrazada á Tránsito, la respetaron acariciando á las dos. Ésta, asombrada, preguntó:

—Y dime: ¿cómo están aquí estos leones?... me maravilla cuanto veo en este mágico eden.

—Te diré. La condesa Blanca en una de sus escursiones á los impenetrables bosques de la India, se encontró un día en un gran peligro. Perseguida una hermosa leona por varios cazadores, corría seguida de dos pequeños leoncillos, tan diminutos, que apenas tendrían un par de meses.

Al llegar la terrible fiera donde estaba la condesa Blanca, se avalanzó hácia ella con ánimo de dovorarla; pero entonces, uno de los negros que la acompañaban, aun á riesgo de su vida, consiguió matar á la leona, teniendo que emprender con ella una lucha horrosa. Los cazadores que la perseguían llegaron, apoderáronse de los cachorros, que como eran tan pequeños, apenas hicieron resistencia alguna. Entonces la condesa Blanca, mediante una fuerte suma, se los compró y los llevó á su palacio, domesticándolos ella misma y haciéndolos tan dóciles, mansos y humildes á su voz como

soberbios y bravos son en los bosques. Aquí los tienes, son un león que en recuerdo de su país, la condesa le llama Brasil, y una leona á la cual denomina con el apellido de su madre Guatemala.

—¿Y á tí te respetan como á la misma condesa?

—Sí, son muy obedientes á mi voz, y me siguen como si fueran falderos, habiéndome ya librado de algunos peligros en mas de cuatro ocasiones.

—Lo creo, y permite que te manifieste mi admiración; cada cosa en tí es un misterio, que me confunde; por ejemplo anoche..... te presentaste á mis padres, ellos te creen la condesa de Paraná, ó mejor dicho, su sombra; y yo, que no puedo creer en apariciones, me confundo y no sé qué pensar. Por otra parte, admiro en tí una persona muy elevada..... de un talento muy superior..... sí; porque tú no eres una simple oficiala de modista.....

—¡Ah! ¿pero tú aun en medio de tantos misterios como en mí hallas, me amas siempre?....

—Con todo mi corazón; respeto tus misterios, como respeto los muchos que encierra la religion cristiana, sin dejar por eso de amar á Dios.

—¡Gracias..... ángel mio..... gracias!.... eres muy buena.

—¿Y en pago de mi cariño, no me dirás siquiera tu verdadero nombre?.... exclamó Tránsito con voz suplicante.

—¿Me prometes no revelarlo á nadie?

—Te lo juro; tu secreto en mi pecho será inviolable.

En aquel momento apareció Lindora; Blanca la hizo una seña para que se acercase y la preguntó:

—Dime quién soy yo.....

La doncella la miró con asombro, sin saber qué contestar.

Ella volvió á decir:

—Te pregunto mi nombre para que de tus lábios lo sepa esta señorita.

—¡Oh! sí; dígame V. quién es esta señora, insistió Tránsito.

Lindora contestó:

—En América es la condesa de Paraná; en Madrid, Blanca la Etranjera.

—¡Ah, señora!.... ¿cómo no habia yo de encontrar grandeza en

la que llena el mundo con la fama de sus heroicas acciones! exclamó Tránsito queriendo arrodillarse delante de ella.

—Eso no; levanta, la dijo Blanca; el puesto de la virtud está en mis brazos, sobre mi corazón.

La pobre niña lloraba, sintiendo una emoción indecible; sin embargo, aun se atrevió á preguntar:

—Pero la condesa de Paraná, esposa del anterior marqués de Blancarosa, ¿no murió?

—Sí, hace veinte años; pero yo soy su hija; por eso tus padres se confunden encontrándonos tan parecidas.

—¡Ya! esto lo comprendo perfectamente; lo que ahora me ocurre es que la condesa, según he oído en mi casa, no tenía más hija que una, Alejandrina, y ésta murió del cólera; no me queda duda porque algunas veces al visitar el cementerio, he leído su lápida.

—Es verdad; yo quedé en el Brasil cuando ellos se vinieron aquí, y por eso se ignoraba aquí mi existencia, dijo Blanca no juzgando oportuno confiar á la jóven todo su secreto.

—De este modo comprendo el odio con que debes mirar á mis padres; ¡ay! ¡no espero compasión para ellos!...

—¡Ninguna!... ¡asesinaron á mi padre y á mi hermana, y deben expiar su crimen!... nunca solicites su perdón si quieres conservar mi aprecio.

La severidad con que Blanca pronunció estas palabras, hicieron intimidar á la jóven, que bajó la cabeza con humildad, sintiéndose subyugada por la suprema magestad de la condesa.

Lindora, que se había retirado á cierta distancia, se aproximó obedeciendo á un signo de su señora.

—Prepara habitaciones para esta señorita, dijo la condesa, y procura hacer agradable su estancia en nuestra morada.

—Vuecencia será servida, dijo la camarera inclinándose.

—¿Y me será permitido ver con frecuencia á la señora condesa?... preguntó con tímida y dulce voz la jóven.

—Cuando quieras podrás ver con la fraternidad de siempre á tu amiga Blanca.

Un criado anunció que el doctor negro esperaba á la señora.

—Voy al momento, contestó ésta abrazando á su amiga y dirigiéndose despues con lento paso á su aposento.

Las dos jóvenes la miraban alejarse con infinita ternura.

CAPITULO XV.

Visita á la quinta.



MIENTRAS la escena referida, Ildemaro se dirigia á la quinta de la Retama; no iba exento de una angustiosa inquietud, pensando en cuál habria sido la suerte de Tránsito y recordando con un estremecimiento de horror la maldad de la marquesa, á quien habia siempre tenido por una muger virtuosa.

Se congratulaba interiormente de no pertenecer á la familia de Adalberto, porque para su recto modo de pensar y su generoso corazón hubiera sido un sonrojo cruel tener una hermana semejante.

Cuando llegó á la quinta, se apeó y atravesó á pié los jardines. No tuvo necesidad de anunciarse, porque á los pocos pasos se encontró con Senen, que, acompañado del conde del Olivo, se paseaba aprovechando un rato de descanso que disfrutaba la enferma.

—¡Mi querido amigo!.... ¿tú por aquí?... ¡cuánto tiempo que no te veo!.... le dijo Senen estrechando su mano con una marcadísima espresion de cariño.

—Ciertamente, querido; como tú vives en el campo entregado á los placeres, y yo estoy trabajando de continuo, no nos vemos nunca; empero, hoy me guian á esta casa un deber y tu amistad.

—¡Oh! ¡mil gracias!... sabes que te quiero mucho y que siempre me encontrarás dispuesto á complacerte.

—Tú siempre serás un buen amigo.

—¿Y dónde vives ahora? muchas veces que voy á Madrid no te visito por ignorar las señas de tu casa.

—En la calle de la Aduana, número 12, dijo Ildemaro.

—Allí vive el doctor Alonso.

—Precisamente habitamos un mismo cuarto.

—Esta mañana estuve allí á buscarle; mira, si lo hubiera sabido.

—Pues yo hablé al doctor cuando se marchaba, y el no verte fué sin duda porque irias delante.

—Sí; le dejé concluyendo de vestirse y salí á esperarle en la puerta; tanta era mi impaciencia porque viniese pronto.

—¿Y su presencia fué eficaz?... ¿ha contribuido al alivio de Renata?...

—Sí, está mejor; ahora descansa; ¿pero la conoces?

—Mucho: ella me trae aquí; vengo á informarme de su salud, dijo Ildemaro sin dejar de mirar al conde, que se paseaba á lo largo de una calle de árboles.

—¿Es una jóven bellísima!...

—¡Encantadora! ¡y tan buena como desgraciada!...

—¿Desgraciada! ¿por qué?... ¡Oh! cuéntame lo que sepas..... te lo ruego..... mas, antes dime qué afecciones te unen á ella.....

—Las de una simpatía profunda y las de una pura amistad.

—¿Y de qué la conoces?...

—De reunirnos por las noches en casa de una señora vecina suya. Allí he sabido que ese indigno fraile que pasa por tio suyo la trata muy mal, sufriendo con él la infeliz todo género de tormentos.

—¡Pobrecita! exclamó Senen conmovido.

—¡Y es tan buena!... ¡tan angelical!...

—¡Ya se le conoce!... pues mi hermana y mi tia se han interesado tanto por ella, que se proponen, si lo consiente D. Severo, no separarse de ella.

—Será difícil; ese vampiro necesita siempre á su lado una víctima á quien atormentar.

—Permíteme; voy á ver cómo sigue y contaré á mi tia y á mi hermana lo que acabas de referirme. Al momento vuelvo, adios.

—Senen echó á correr hácia la quinta; Ildemaro se dirigió con lentos pasos al sitio donde el conde acababa de sentarse. Un temblor convulsivo agitaba todo su sér; vió al conde y no se atrevia á pronunciar una palabra.

Se saludaron ambos con una inclinacion de cabeza. Se miraron fijamente, sintiendo ambos en sus corazones una emocion singular.

—El conde, retirándose un poco, dejó asiento al jóven en el banco de piedra que ocupaba. Ildemaro se sentó, y sin ser dueño de contener su conmocion, sacó la sortija que le habia dado Carmela, y presentándosela, dijo con una voz trémula:

—¿Conoce V. este anillo, señor conde?

—Éste, poniéndose pálido, le tomó, y sacando otro de su cartera, los cotejó; eran iguales. De oro con una cifra grabada, una fecha y una corona de conde.

—¿Tú eres Ildemaro?... exclamó con una mirada investigadora y húmeda por las lágrimas que estaban á punto de saltar de sus ojos.

—Si señor, soy Ildemaro Guanter, dijo con cierta ironía el jóven al pronunciar el apellido de Adalberto, que él se imaginaba llevar así, sin saber que tambien era el de su madre; mas el conde, tomándolo en otro sentido, dijo:

—¿Cómo! ¿y llevas tú el apellido de aquella indigna muger?...

—Llevo el que la caridad me ha prestado, contestó Ildemaro sobreponiéndose á su emocion y recobrando poco á poco su energia.

—¿Y quién te ha dicho que me presentases ese anillo?...

—El mismo á quien me confió á poco de nacer un padre ingrato y sin corazon, Adalberto Guanter!...

—¡Guanter!... ¡tambien lleva ese apellido!... ¡Oh! ¡qué idea! ¿si será su padre?...

—Es un honrado sastre, natural de Búrgos; me puso V. en sus brazos, me ha tenido hasta hoy; pero ha llegado el momento de decirme: toma ese anillo, preséntate con él al conde del Olivo, y si es caballero, te dirá el nombre de tus padres. Y héme aquí, señor conde, con la desesperacion en el alma y la muerte en el corazon; héme aquí que vengo á demandar siquiera el nombre de mi madre!... ¡Oh! sí, de mi pobre madre, que quizá sea muy desgraciada!...

El conde estaba conmovido; contemplaba á aquel noble jóven gallardo, impetuoso, arrogante; pero tan pálido y abatido, que parecia próximo á desmayarse.

Nunca le habia creido su hijo; sabemos que la indigna conducta de Cristina en su juventud hizo que el conde desconfiara de ella; supo sin embargo que estaba próxima á ser madre, y protegiéndola en aquel trance, la llevó á casa de la tia Lentejas, haciendo por ella y por su hijo cuanto humanamente le fué posible. Despues que dejó á los dos en seguridad, se alejó de España, llevando el corazon desgarrado.

La liviandad de Cristina alejó de su corazon los sentimientos paternales, y no volvió á pensar en aquel sér desventurado que arrojó en brazos de la caridad sin proteccion y sin nombre!... Pero al encontrarle despues de veintiun años tan noble, tan generoso, sintió que su corazon se conmovia, y por la primera vez de su vida escuchó en su interior estas palabras:

—¡Si será mi hijo!....

Luego, abatido, con la cabeza baja y el rostro oculto entre las manos, permaneció algunos instantes.

Ildemaro le contemplaba con ternura, conteniendo á duras penas los latidos de su corazon, que así como al conde una duda cruel le decia: «si será mi hijo,» á él un presentimiento lisonjero le gritaba: «ese es tu padre.» Sin embargo, su natural altivez, su indómito orgullo hablaron mas alto que la voz de la sangre, y nada le dijo.

Cuando el conde alzó la cabeza, se encontraron sus miradas: ellas revelaban todo un poema de ternura; no obstante, sus labios callaron aun.

—Y bien, señor conde; ¿podré esperar de V. alguna revelacion?...

—Hoy no puedo darte ninguna.... carezco de pruebas.

—¿Entonces no tengo el consuelo de saber á quién debo esta pobre existencia que se desliza lánguidamente entre la amargura y el dolor?.... interrogó con tristeza Ildemaro.

—¡Lo sabrás mas tarde!.... te lo prometo.

—¡Yo necesito un término á mi ansiedad!... decidme cuándo....

—Yo mismo te buscaré; ¿dónde vives?

—Con el doctor Alonso.

—Corriente; descansa en mí..... y no aventuras tu juicio; no me juzgues sin pruebas.

—¡Oh! ¡descuidad, señor conde!.... Hay una voz en mi alma que habla mas alto que el ódio y los resentimientos.

Al decir esto, se puso la mano en el pecho; su corazon latia aceleradamente, y de sus ojos estaba próximo á desprenderse un torrente de lágrimas.

Ni uno ni otro estaban para decirse una palabra mas; se saludaron profundamente, retirándose cada cual por distinto lado.

Mundanas preocupaciones impedian que, reconociéndose, se enlazáran sus brazos, por mas que este fuera su mas vivo deseo.

Alejáronse; Ildemaro vago, errante por los jardines; el conde permaneció mucho tiempo en su sitio, inmóvil y pensativo. El ruido de un carruaje le sacó de su enagenamiento, le vió atravesar el jardin deteniéndose en la entrada de la quinta. El doctor negro bajó ofreciendo su mano á una señora alta, morena, magestuosa, con ojos y cabellos negros.

Era Blanca la Estranjera.

Veamos el motivo de presentarse en casa de Guillermina.

Hemos visto que cuando la anunciaron que el doctor la esperaba, subió á sus habitaciones. En un saloncito de recibo que precedia á su gabinete estaba su primo.

— ¡Adios, amigo mio!... exclamó al verle. ¿Qué ocurre?

— Vengo, prima mia, á denunciarte un hecho muy grave.

— ¿Y qué es ello?.... habla; estoy impaciente.

— Esta mañana vinieron á buscarme de parte del conde del Olivo; sin ocurrírseme hacer ninguna pregunta, monté en el coche que me aguardaba y fuí allá; pero con sorpresa mia noté, cuando estuve á la puerta, que no era el conde quien reclamaba el auxilio de mi ciencia, sino la pobre Renata, que yacía moribunda en los brazos de mi esposa, á cuya quinta fuí conducido.

— ¡De Guillermina!....

— Sí; ¡hoy nos hemos encontrado frente á frente despues de quince años!....

— ¿Y te ha reconocido?....

— La voz de su alma la decia que yo era su esposo; casi me lo indicó; pero procuré desorientarla haciéndola comprender con el testimonio del conde, que nunca he venido á este pais; esto y la máscara negra de mi rostro la han hecho dudar.

— ¡Qué coincidencia, primo mio!.... es el destino que os reune.

— Será; mas no me hallo dispuesto á reanudar ese lazo. En fin, no es esto lo que aquí me trae; hablemos de Renata.

— ¡Siempre huyendo esa conversacion!....

— Y tú siempre deseándola, murmuró el doctor con aire de tristeza. Blanca, no queriendo insistir, le preguntó:

— ¿Y qué ha ocurrido á esa infeliz niña?.... ¿Cómo es que se halla en la quinta de la Retama?

— La Providencia, sin duda, la ha conducido allí; D. Severo la acompañaba, iban á caballo á la casa de campo que posee el fraile contigua á la de Guillermina, cuando, desbocándose el caballo que la pobre niña montaba, la arrojó, dejándola sin sentido y causándole una herida en la cabeza bastante grave. Esto no ha sido efecto de la casualidad, sino un plan diabólico de ese maldito fraile, por deshacerse de ella.

— Todo puede creerse en él.

— Despues de curar á la niña, quise por mí mismo examinar el

caballo, recelando, segun ha salido, una maldad; bajé á las caballerizas, y observé que tenia interiormente quemada la oreja, por donde D. Severo debió introducir alguna materia inflamable, con objeto de que, furioso el animal, arrojase á la niña. Esto lo ha conseguido, pero no ha logrado que muriese; pues aunque de peligro, no desconfio salvarla.

—¿Qué hombre mas infame!... ¿y él está allí?...

—Sí, muy compungido por el accidente ocurrido á su sobrina y devorando con los ojos á los niños de Alvarez Leal, que Guillermina tiene en su casa.

—¿Y sospechará que son hermanos de Renata?

—Muy bien pudiera suceder; y mas cuando las dos niñas son tan parecidas entré sí como dos gotas de agua. Es verdaderamente admirable una semejanza tan perfecta.

—Pues es preciso prevenir á Guillermina, porque me temo una desgracia; cuando ese hombre se vea perdido, es capaz de cualquier atentado.

—Por eso he venido á comunicártelo; además, Ildemaro sospecha que el conde del Olivo es su padre, y tambien le encontraremos en la quinta.

—¡Oh! ambas causas me obligan á descubrirme á Guillermina; la diré la mitad de mi secreto, y estoy segura que tendré en ella una aliada generosa.

—¿Y qué hacemos?....

—Marchar ahora mismo allá, dijo Blanca.

—¿Con ese disfraz? dijo el doctor por el tinte moreno de su rostro.

—Si es el mas apropiado; pues con él me ha visto Guillermina en el baile de la marquesa de Blancarosa.

—¿Y si os vé Ildemaro?....

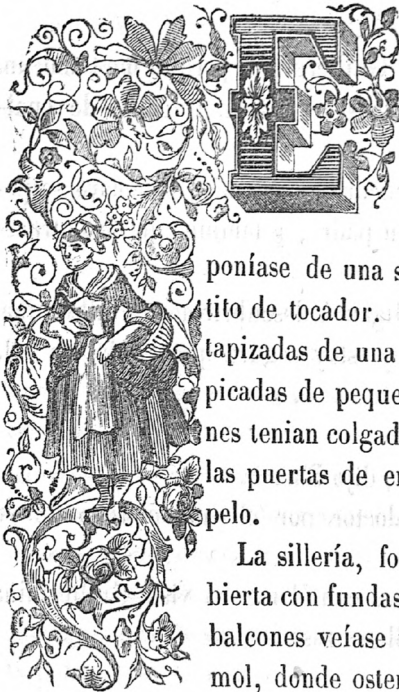
—¿Qué importa?.... ¡Oh!.... ¡ya lo arreglaremos!....

Media hora despues entraban en la quinta.

CAPITULO XVI.



Continúa el anterior.



El cuarto de Zoa, á donde habia sido conducida la jóven enferma, era un lindo aposento que respiraba pureza y candor hasta en sus menores detalles. Componíase de una salita, una alcoba y un gabinetito de tocador. Las paredes de la sala estaban tapizadas de una tela persa, fondo blanco y salpicadas de pequeños ramos de flores. Los balcones tenian colgaduras de muselina bordadas, y en las puertas de entrada ricos portiers de terciopelo.

La sillería, forrada de raso azul, estaba cubierta con fundas blancas. Entremedias de los dos balcones veíase una consola con piedra de mármol, donde ostentaba jarrones de flores, candelabros con velas de color de rosa y varias figuras chinescas; reflejando todo ello en un magnífico espejo que subia desde la mesa hasta el extremo alto de los balcones.

En el gabinete era todo blanco: las paredes, la sillería, la alfombra, las colgaduras; solamente se veían de color unos lazos azu-

les que sujetaban estas últimas. El dormitorio estaba por el mismo orden; antes, la cama de Zoa ocupaba el centro; despues, por colocar allí á Renata, pusieron un lecho á cada extremo, quedando en medio una pequeña mesita en forma de altar, donde se admiraba una escultura de la Virgen de la Concepcion, y un Crucifijo de marfil, con otros varios adornos alegóricos, que demostraban la piedad de la hermosa niña y la de su jóven protectora.

Renata descansaba, sus facciones habian tomado el color de los encajes que rodeaban su rostro.

A cada lado del lecho estaban Guillermina y Zoa. Apenas se atrevian á dirigirse la palabra por no interrumpir el dulce sueño de la enferma.

Una camarera entró con sigilo diciendo á su señora que Senen deseaba hablarla. Se levantó Guillermina, salió á la sala y estuvo conversando algunos instantes con Senen. Sin duda debió comunicarla las revelaciones de Ildemaro, porque á los pocos instantes volvió á ocupar su sitio murmurando en voz baja:

—¡Pobre niña!.... el cielo te ha traído á mi casa.

—¿Qué hay, querida tia? exclamó en voz baja Zoa.

—Nada; que esta desgraciada niña sufre todo el peso de una amarga desventura bajo la dependencia de ese fraile odioso, al que aborrezco por instinto y por conviccion.

— Y yo también: me es antipático; su sola presencia me estremece.

La enferma debió oír esta conversacion, porque abriendo los ojos y dirigiendo una dulce mirada á su bienhechora, exclamó:

—¡Ay! ¡qué seré yo, triste de mí!.... que no tengo otro amparo que el suyo!

—No se apure V., se apresuró á decir Guillermina; desde hoy puede contar con el mio.

—¡Oh! mil gracias, señora; si yo pudiera conseguir que me dejasen á su lado aunque fuera ocupando el lugar de su mas ínfima camarera, me consideraria feliz. ¡Son Vds. tan buenas!....

—Usted tambien lo es y merece la consideracion de toda persona que abrigue en su pecho un alma generosa.

—Pero no todos poseen ese don del cielo....

—La generalidad, querida mia, dijo Zoa; la escepcion en el mundo son esos hijos de Satanás que, semejantes á fray Severo, viven para tormento de la humanidad.

—Quizá tenga V. razon; yo así lo creo y deploro que por desgracia mia me haya tocado depender de uno de esos.

—¡Pobres niñas! vuestra inocencia y la bondad de vuestro corazón os hace juzgar bueno al mundo, cuando la maldad tiene en él su trono y se enseñorea triunfante.

—Pues yo cuantos he conocido son buenos, dijo Zoa.

—Yo puedo decir lo contrario, añadió Renata; todos los que me han rodeado desde mi niñez, me han hecho sufrir mil tormentos.

—¿Y ha vivido V. siempre con fray Severo?

—No, señora; ni le conocia siquiera.

—¿Es tío de V.?

—Eso me han hecho creer; pero si á un parentesco cercano van unidos la benevolencia y el cariño, yo con él no he tenido la dicha de disfrutar tales beneficios.

Renata, al terminar estas palabras, ya con voz conmovida por la emocion, rompió á llorar amargamente.

—¿Vé V. cómo llora?... dijo Zoa dejándose llevar de un impulso simpático y llorando tambien.

Renata alargó sus brazos, Zoa se precipitó en ellos, y las dos encantadoras cabezas de las llorosas niñas se unieron sobre la almohada.

En aquel momento un rayo de sol que penetraba por el balcon las iluminó por completo, dejando ver con toda claridad aquel admirable parecido. Se confundian una con otra; sus rostros, sus cabellos, sus ojos, el color de su tez, sus formas delicadas, todo en fin en ellas era igual. Guillermina las contemplaba absorta.

Un tapiz se alzó movido por la mano de una camarera que anunció al doctor Alonso.

—No os movais; permaneced abrazadas, les dijo la de Mendoza levantándose para salir; el doctor apareció en la puerta.

—¡Oh, doctor! ¡acérquese V. y dígame qué juzga de ese admirable parecido! le dijo señalando á las dos jóvenes.

—¿Quiere V. que se lo diga con entera franqueza?

—¡Oh! sí, lo deseo.

—Pues bien: son hermanas...., murmuró el doctor Alonso al oído de Guillermina.

—¿Qué dice V.?... ¿será verdad!...

—Ciertísimo; pero silencio; no conviene que ellas se enteren; en el salon espera á V. una señora, la cual podrá dar las pruebas evidentes de lo que acabo de decir.

—¡Voy al momento!... vea V. en tanto cómo sigue esa pobre enferma.

Guillermina salió, y el médico fué á ocupar su puesto á la cabecera del lecho.

—Y bien, ¿se ha dormido? preguntó mirando á las dos niñas con alguna mas dulzura de la que acostumbraba.

—Algunos instantes no mas, se apresuró á decir Zoa.

—Pero han sido un lenitivo á mis dolores; porque me encuentro mejor, añadió Renata.

—Veamos el pulso.

La enferma extendió su mano derecha. Zoa, besándola en la frente, murmuró á su oído:

—¡Cuánto te quiero!...

—¡Esta caída ha sido para mí una felicidad!... dijo Renata devolviéndola su caricia.

—¿Por qué, hija mia? preguntó el doctor.

—Por haberme proporcionado la dicha de encontrar corazones que me amen.

—Como el de Zoa, ¿no es verdad?...

—¿Quién ha dicho á V. mi nombre, señor doctor? dijo con adorable candidez la niña.

—Lo he adivinado, replicó aquel sonriendo, así como adivino en este momento lo que sienten vuestros corazones.

—¡Jesús!. . ¡qué cosa tan rara!... ¿será V. hechicero y como algunos que he conocido?...

—¿Tú has conocido hechiceros?... la interrumpió el doctor; eso sí que es mas raro.

—¡En las novelas digo! si no me ha dejado V. concluir, exclamó Zoa.

—¡Ah!... ¿en las novelas?... bien; ¿y me parezco yo á ellos?

—Se lo diré á V. cuando nos diga lo prometido.

—Corriente: escuchadme.

Las dos volvieron á abrazarse y escucharon sonriendo. El doctor dijo:

—Ambas, al veros, habeis sentido una pura satisfaccion, un delicioso placer, y os abrazaís con un cariño tan grande como si os hubiérais conocido toda la vida; vamos á ver; ¿me engaño?...

—¡Y es verdad!... yo así lo he sentido, dijo Zoa.

—Y yo tambien, murmuró Renata.

Se miraron una á otra; en sus ojos se leía la espresion de aquella purísima simpatía.

El doctor continuó:

—A este sentimiento del alma, vuestro corazon ha respondido, elevando una voz callada y misteriosa.

—¿Y cuál ha sido?

—Esa voz ha murmurado con delicia: «¡hermana mia!»

—¡Cierto! ¡cierto! ¡yo la he sentido en el fondo de mi pecho! exclamó con viveza Renata.

—¡Y yo tambien!... ¡y yo tambien! repitió Zoa.

—Y no ha salido á vuestros lábios por un importuno temor; la ha replegado á vuestros corazones.

—¡Y que es verdad!... yo sufría por no poderte decir en alta voz «¡mi querida hermana!»

—Y yo he tenido cien veces esa palabra en mis lábios, sin atreverme á pronunciarla, repuso Renata con el acento de una ternura infinita.

—¿Veis cómo he acertado?...

—Le concedemos el don de la penetracion, dijo Zoa.

—Y tendremos que convenir en que hay adivinos en el mundo; pues que V. es uno de ellos, repuso Renata, que, menos ilustrada

que Zoa, hubiera creído cualquier superstición sin el mas pequeño inconveniente.

—Eso no; los hechiceros solo existen en la imaginación de los poetas: lo que yo le concederé desde luego es que hay hombres de ciencia cuyo talento superior les permite penetrar hasta el fondo de las almas, dijo Zoa dirigiendo una mirada á su amiga y una dulce sonrisa al doctor.

—¿Y no crees tú, niña seductora, en la ciencia de adivinación?

—¡Oh! sí, señor; la creo; pero la comprendo por el talento, por el estudio, por la penetración; no por ninguna cosa sobrenatural; y sino, ¿á qué no adivina V. lo que yo pensaba ayer?....

—¡Eso es mas difícil! dijo el médico.

—Ya lo creo; V. ha leído en nuestros ojos lo que pasaba en nuestra alma, y hé aquí su secreto, en lo cual le admiro, porque no todos saben comprender los sentimientos por las miradas.

—Yo tambien te admiro á tí, hermosa niña, porque habrá pocas de tu edad que reúnan un talento tan elevado y un candor tan admirable.

—Mil gracias por el cumplido.

Senen entró á interrumpir la conversación.

—¡Señor doctor! dijo desde la puerta.

—Es mi hermano que llama á V., le dijo Zoa.

—¿Tienes un hermano? la preguntó Renata.

—Sí; ¿quieres conocerle? ¿le digo que pase? se alegrará, porque ha sentido por tí el mismo afecto.

—Como gustes.

El doctor, adelantándose á la puerta de la alcoba, escuchó á Senen, que le dijo:

—El señor conde del Olivo ruega á V. que tenga la bondad de verse con él; le aguarda en los jardines.

—Voy al momento; afortunadamente esta señorita está mejor de lo que yo creí.

—¿Y tendremos esperanza de que cese el peligro?....

—Me parece que sí; conviene que descanse, y continuad los medicamentos que dejé dispuestos esta mañana.

—Descuide V., doctor, exclamó Zoa; me he constituido en su enfermera, y aunque es la primera vez de mi vida, le prometo sin embargo cumplir mi cargo con el mayor celo, porque el amor y la caridad me inspiran el mas exacto cumplimiento.

—Lo creo; dichosas aquellas que tengan en V. una amiga.

El doctor se inclinó con galantería.

Los dos hermanos le saludaron dirigiéndose á la cabecera del lecho, en tanto que el médico se dirigia al jardín.

—¡Aquí tienes á nuestra querida enferma, Senen! le dijo Zoa; ¿ves cómo el sueño ha prestado animacion á su semblante?

—Y es verdad; hay una notable diferencia desde que la vimos abajo pálida y sin sentido.

—Es que vuestro cariño y la bondad de esa amable señora me han vuelto á la vida, repuso la enferma.

—¡Nuestro cariño!... y apropósito: ¿has sentido tú, hermano mio, por esta señorita una simpatía y una profundísima afeccion, pero tan grandes, que haciendo palpitar el corazon, se siente una delicia inefable?...

—¡Oh! sí, ¡te lo confieso!... ¿pero V. nos ama á nosotros de la misma manera?... preguntó Senen á Renata.

—¡Con todo mi corazon!... ¡ay! mi dicha sería completa si nunca me separase de su lado.

—Pues quédese V. aquí; ¡nuestra tia es tan buena!...

—Sí; ¡quédate con nosotros, hermana mia! ¿Quieres que te dé tan dulce nombre?

—¡Hermana!... ¡Oh! ¡tanto placer! ¿dónde hay una palabra mas dulce?

—Y yo tambien; ¡seremos los tres hermanos! dijo Senen.

—¡Encantadora fraternidad que nos hará felices!..., dijo Zoa.

—¡Y que devolverá la salud y la tranquilidad á esta pobre huérfana que hasta hoy solo ha sufrido dolores!...

Renata, al decir esto, estendió las manos, que los dos jóvenes estrecharon con tiernísimo cariño.

CAPITULO XVII.



Las amigas de la infancia.



GUILLERMINA, cuando entró en el salon y se vió frente á frente de Blanca, se estremeció de piés á cabeza, reconociendo en ella á la misteriosa aparicion que tanto se hizo notar en el baile de la marquesa de Blanca-rosa.

Sin embargo, haciéndose superior á aquella pasajera sensacion, se inclinó profundamente.

—Señora mia, dijo Blanca con la mayor ternura: vengo á cumplir con V. un deber de amistad devoliéndola su visita.

—Perdone V...., pero no tengo el gusto de saber su nombre...., murmuró Guillermina.

—Es verdad; V. es la que debe perdonar el misterio con que, á semejanza del que guardo con el mundo, he guardado tambien en su casa; pero no con V.... Soy la condesa de Paraná; en Madrid me conocen por Blanca la Etranjera.

—¡Oh! ¿Usted? exclamó la de Mendoza en el colmo de la sorpresa. ¿Usted es la dama incógnita que se ha hecho célebre por la

bondad de su corazón, á quien yo deseaba conocer con tan vehemente anhelo?

—Sin duda alguna, han querido concederme una nombradía que no merezco.

Movidas por un impulso irresistible, las manos de las dos damas se habian unido, sus miradas se confundian, habiéndose dejado caer las dos en un mismo divan.

Contemplábanse absortas.

Blanca veía delante de sí en aquella diminuta, pero bellísima muger, un recuerdo de su infancia, una amiga querida que con su sola presencia ofrecía á su memoria multitud de interesantes episodios, de tiernas escenas, cuando al lado de sus padres y con el nombre de Alejandrina gozaba la dicha de los ángeles, feliz con su pura inocencia y con la cándida ignorancia de las maldades del mundo. Entonces la sonreía la dicha, unos padres amantes la idolatraban y brillaba á sus ojos un porvenir halagüeño: mas ¡ay! cuán pronto un aire maléfico tornó negro y sombrío aquel rosado horizonte!...

Quedó sola en el mundo, combatida por tormentosas borrascas, con un alma de fuego, un corazón virgen á las sensaciones, y una imaginación entusiasta y generosa. Con semejantes dotes, no podía menos de zozobrar, peligrando al fin después de una lucha inmensa en el piélago de las pasiones, en ese antro de fuego donde la energía se abate, la razón se debilita, y ofuscado el entendimiento, cede el espíritu al influjo irresistible de la volcánica llama que cambia nuestro sér de altivo y despótico en apacible y blando, subyugándole á su poder magnético.

Por su parte Guillermina, al reconocer en aquella hermosa señora la perfecta semejanza de la madre de su amiga de la infancia, recordó los felices días de su niñez, los aun más venturosos de su adolescencia, cuando, embriagada en el amor de Lucas de Mendoza, llegó á olvidar que la desgracia existía para tormento de las almas buenas, y soñó una dicha eterna, siendo el despertar más cruel porque se encontró abismada en un mar de inmensa amargura, en un océano sin límites, de profundísimos dolores.

Los corazones de ambas latian con fuerza como si quisieran reconocerse. Seguian sus manos enlazadas, y el fluido magnético de sus ojos introduciendo en sus almas sensaciones dulcísimas, tan gratas como íntimas y arrebatadoras.

— Aunque me ha dicho V. su nombre, dijo la de Mendoza, quedan muchas dudas en mi alma; yo reconozco en V. la semejanza, la exacta copia de la difunta condesa de Paraná, esposa del anterior marqués de Blancarosa y madre de mi pobre y malograda Alejandrina; llevando V. el mismo título, ¿qué lazos de parentesco unen á V. con aquella desgraciada señora?...

— ¡El de la fraternidad! Soy su hermana y vengo á vengar la muerte de su marido y de su hija.

— ¿Murieron del cólera?...

— Así se creyó; pero fueron asesinados.

— ¡Qué horror! ¿y por quién?

— Por los que hoy disfrutan su título y sus bienes.

— ¡Ya lo sospechaba yo!... refleja el crimen en su casa.

— ¡Miserables! exclamó con indignacion Blanca.

— ¡Ah! ¡mucho!... ¡y sobre todo esa mujer!

— ¿Cristina?

— Sí, ella es la causa de todo; su alma es diabólica y tiene un genio infernal; en fin, dejémosla y vamos á entendernos: tengo que depositar en su pecho graves confiancias; escúcheme con atencion, y ante todo la ruego vea en mí una amiga querida, una hermana mas bien.

— ¡Y cómo no hacerlo así, cuando su sola presencia infunde cariño y confianza!

— ¡Tambien infunde terror y muy profundo! dijo Blanca sonriendo.

Guillermina comprendió la alusion y se apresuró á exclamar:

— Presentándose V. bajo la forma de una aparicion, ya lo creo que infundirá pavor en las personas cuya conciencia acusadora les grita sin cesar; nunca en la mia, que permanece tan pura como en las horas de mi niñez.

— ¿Usted me vió aquella noche?